

BOLETIN N° 1

Bojayá... huellas de Guerra

El 2 de mayo de 2002 dejó una huella luctuosa en las selvas del Chocó. Cuarenta y cuatro infantes y 75 adultos fueron las víctimas civiles de una guerra territorial entre las Farc y los paramilitares. Sus cuerpos quedaron atrapados en las ruinas de la Iglesia de Bojayá, donde buscaron refugio 300 pobladores tradicionales del caserío. Fue un momento trágico en medio de la batalla. Las autodefensas se atrincheraron no sólo en los alrededores de la capilla, sino también en la escuela y el puesto de salud, para "salvarse" de la arremetida de las Farc.

En el fragor del combate ninguno de los actores armados se percató de estar mancillando con pasos de guerra un poblado inocente, ni escuchó las plegarias de los niños y las niñas, las mujeres embarazadas, los ancianos y las ancianas, las madres, los padres y los jóvenes que oraban por la paz tras los muros de la capilla. Una pipeta de gas los arrojó de facto a la eternidad, los dejó heridos en la piel y en la memoria de sus ancestros.

De nada sirvieron las oraciones campesinas ni las oportunas alertas oficiales de la Defensoría del Pueblo y la Procuraduría que habían denunciado con tiempo la presencia de los actores armados en la región y que, por lo tanto, temían por una masacre de la población civil. La experiencia se los enseñó en el Meta, Guaviare, Arauca y César y saben que cuando estos dos actores armados se buscan para disputarse territorios en medio del conflicto, quienes dejan los muertos son los campesinos, pescadores, hombres, mujeres y niños que nada tienen que ver con las batallas.

Las denuncias recogidas por las entidades del Estado, la Procuraduría, los medios de comunicación y la ONU dieron cuenta así que el 21 de abril de 2002 las aguas del Atrato fueron testigo mudo del paso de siete embarcaciones cargadas con paramilitares que pernoctaron en Vigía del Fuerte, pasaron frente a una base naval en Riosucio y siguieron rumbo a las zonas rurales del Chocó. De esta visita se desprendió una tensa senda de desplazamiento que buscó refugio en Quibdó y un tiempo de prudente cálculo para que todos los actores armados tomaran posiciones estratégicas para la batalla que adelantarian.

La Ruta Pacífica de las Mujeres denunció entonces como en estas tragedias se demostraba la futilidad de la guerra y reiteró su pregunta ¿Qué sentido tiene dar la vida con ilusión a nuestros hijos e hijas para que la guerra se los devore? ¿Qué sentido tiene dar vida con dolor, para un país que sin dolor asesina y olvida a sus hijos? ¿Dónde está la justicia? ¿Por qué no llega a la selva y a los ríos del país?

La Ruta Pacífica pide justicia por este crimen de guerra. Nuestro país no podrá sanar las profundas heridas del conflicto mientras impere la impunidad. Ruta Pacífica, Chocó

EPÍLOGO

Las mujeres y madres de Bojayá se encuentran también ante esta encrucijada del destino.... ¿Cómo explicar a los hijos por qué murieron sus padres, abuelos, tíos, hermanos en una tranquila capilla de un pueblo en la selva? ¿Cómo explicar que cayeron en una guerra donde no eran soldados?

Hoy las mujeres tienen miedo a ser madres y los hijos tienen miedo a vivir. Ellas con cantos han intentado espantar de las tierras del Chocó los fantasmas de la muerte y con acciones silenciosas tejer rincones de paz para acunar a sus críos... a veces con éxito, a veces con incompreensión, mientras al planeta lo agobian batallas y lo invade el desamparo.

Fuentes: Mujeres del Chocó y periódicos El Tiempo, El Colombiano, El Espectador. Noticieros: Radio Caracol y RCN.

Del cielo oscuro de Bojayá, al cristalino río de las utopías

Con ojos de mujer

Estas páginas son historia. Recogen los testimonios de las mujeres de la Ruta Pacífica de la regional del Chocó, que analizan sus vidas y su región tras los hechos de Bojayá. Son sus palabras libres a pesar del miedo y de las huellas de la guerra. No hay firmas, porque no quieren más sombras sobre su dolor, pero son valientes, sencillas y reflexivas, como ellas frente a la realidad.

A un año de la masacre en Bellavista (Bojayá), este pueblo, al igual que las comunidades del Alto Baudó, Mesopotamia, Pueblo Nuevo, Sabaleta, Negüá, y tantas otras, siguen esperando que se cumplan las promesas que los gobiernos y sus funcionarios nos han hecho.

No se han reconstruido las comunidades. No se ha indemnizado. Algunas migajas de juguetes y alimentos se dan sólo para los registros noticiosos.

Sin embargo, y de manera propia, con dolor y con miedo, con vida y esperanza, los pueblos del Chocó enfrentan y resisten a las fuerzas de la muerte. Por los ríos y montes se multiplican las comunidades que apoyadas en sus espiritualidades y ancestros deciden permanecer o retornar al territorio y fortalecer sus procesos organizativos.

La resistencia se hace explícita a través de la memoria de las mujeres, los hombres y los niños -indígenas, afrodescendientes y mestizos- que han dado su vida para defender el territorio, y mediante el ejercicio del propio gobierno, el control social y el control territorial, como práctica de poder popular y de forma autónoma.

La resistencia que viven y asumen los pueblos del Chocó tienen su mejor y más directa expresión en las organizaciones étnico territoriales de indígenas y afrodescendientes.

A partir de estos procesos organizativos, que tienen ya varios años de existencia, se han fortalecido la medicina tradicional y la capacitación de nuevos equipos promotores de salud, el abastecimiento de las tiendas comunitarias, la defensa jurídica de las personas y comunidades que son víctimas de la violación de sus derechos, el diseño de programas que permitan una soberanía alimentaria, experiencias comunitarias de producción con talleres de ebanistería, trapiches y trilladoras y muchas más acciones que animan la vida en medio de esta guerra.

Voces

"... Pero sí murieron muchas mujeres allí, incluso se tiene una cifra pública de 15 mujeres embarazadas. Eso impresionó mucho a la comunidad. Al principio, la gente decía en Bojayá: ¿Cómo una mujer embarazada puede morir?..."

"En Bojayá sí pasaron muchas cosas, pero, por ejemplo, los nombres de las mujeres que murieron apenas están saliendo a la luz pública. ¿Por qué? Porque ellas no lo daban, sentían miedo, sentían terror. Ya ha pasado un tiempo. Ellas solitas están diciendo los nombres. Entonces las cosas van saliendo como por procesos. Sí, eso es verdad. Lo de Bojayá fue demasiado. No se alcanza a interpretar lo negativo que es para una comunidad, como para dar resultados en un año".

"... lo de Bojayá, hay que tratar ese tema aparte, de una forma muy delicada, porque en el consciente del colectivo de las mujeres de Bojayá, hay todavía un daño psicológico que no ha sanado".